

Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario B-2018

Las lecturas de este domingo hablan de la misión del servidor de Dios y sus dificultades. Nos invitan a la perseverancia en tiempos de dificultades e incluso en medio de evidentes fracasos.

La primera lectura habla de la vocación del profeta Ezequiel. Muestra cómo Dios lo llamó y le dio una misión difícil hacia la casa de Israel. Finalmente, muestra cómo el profeta no tuvo otra alternativa que ejecutar su deber.

Lo que este texto nos enseña es que Israel no siempre ha sido fiel a Dios. También existe la expresión de la misericordia de Dios que busca continuamente a perdonar a su pueblo. La última idea está relacionada con la verdad de que, por difícil que sea el trabajo del servidor de Dios, el tiene que cumplirlo.

Este texto os ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús es rechazado por la gente de su pueblo. El Evangelio comienza con el viaje de Jesús y sus discípulos a Nazaret, su ciudad natal. Luego, habla de su enseñanza en la sinagoga y la admiración que provocó entre la gente. El Evangelio muestra igualmente el rechazo de la parte de la gente que no creyó en él. Finalmente, el Evangelio relata la reacción de Jesús que no realizó ningún milagro en medio de ellos debido a su incredulidad.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la misión del servidor de Dios y sus dificultades. De hecho, es sorprendente darnos cuenta de que en el Evangelio de hoy la gente de la ciudad natal de Jesús se ofendió por él y no creyó en él. Y sin embargo, sabemos por experiencia que cuando una ciudad tiene a alguien famoso, como un gran jugador de fútbol, una estrella de cine o un político, la gente hace de él un héroe y un modelo a seguir para su pueblo.

A diferencia de lo que esperaríamos en circunstancias similares, la gente de la ciudad natal de Jesús simplemente lo rechazó. Por qué? Lo hicieron así porque ponen el valor de una persona en su familia. Pero, qué equivocados estaban! El valor de una persona no se puede medir solo por su herencia familiar. En verdad, una persona puede provenir de una familia modesta o de un origen pobre, pero puede ser portadora de grandes ideas. La historia del mundo le ha demostrado de muchas maneras.

En otras palabras, el valor de una persona no depende de su familia, sino de lo que es capaz de aportar a los demás. Además, haber una buena familia no necesariamente significa haber un buen descendiente. Este también la historia humana nos le ha demostrado. También debemos recordarnos que a veces los prejuicios pueden impedirnos conocer a las personas profundamente. Si los habitantes de la ciudad natal de Jesús tuvieran una opinión favorable de él, habrían descubierto que había más en él que lo que creían saber. Los prejuicios y las malas opiniones realmente pueden distorsionar la realidad.

Aquí está la pregunta: ¿Cuál fue el origen del problema de la gente del pueblo de Jesús? El origen está en el hecho de que habían cerrado sus corazones y sus mentes a la gracia de Dios manifestada en Jesús. Se equivocaron al creer que Dios no puede estar presente en Jesús. De hecho, Jesús no es solo el hijo de María y José, sino que es principalmente el hijo de Dios. La sabiduría y el poder que salgan de sus enseñanzas no son humanos, sino más bien divinos.

Con todo eso en mente, es absolutamente claro que Jesús no pudo realizar milagros en medio de ellos. Es por eso que siempre debemos recordarnos que las personas no pueden ser sanadas cuando no desean la salud. Además, no hay una predicación real en un ambiente equivocado. Sin embargo, en una atmósfera de expectativa, incluso el esfuerzo más pobre puede incendiarse,

mientras que en un ambiente de indiferencia y hostilidad incluso un espíritu alerta puede encontrarse sin vida. La apertura del corazón a la gracia de Dios es una cuestión importante cuando se trata de nuestra salvación eterna.

Los problemas de Jesús en su ciudad natal son un símbolo de las dificultades de la misión de la Iglesia en todo el mundo. A veces, la Iglesia tiene que trabajar en un ambiente hostil donde los sacerdotes y las monjas son asesinados. Lo que se requiere del servidor de Dios en tales condiciones es el coraje de seguir hablando en el nombre de Dios a tiempo y fuera de tiempo, ya sea que la gente lo escuche o no.

Si, a pesar de todo su esfuerzo, nada funciona, el servidor de Dios no debe desanimarse. Después de todo, la recompensa de su ministerio no está en el éxito humano que puede tener, sino en Dios que le ha dado este deber. Es Dios quien tarde o temprano lo recompensará.

Lo que estoy diciendo aquí es importante hoy más que nunca. De hecho, en estos días, la gente habla mucho de la escasez de sacerdotes y de la disminución de la práctica cristiana. Para remediar tal situación, algunos proponen el matrimonio de sacerdotes, la ordenación de mujeres o de parejas casadas, etc. Otros acusan a la Iglesia de haberse vuelto demasiado moderna al adaptar su enseñanza a la cultura de nuestro tiempo. Algunos otros proponen el rechazo del Vaticano II y el regreso al Vaticano I, etc.

Ciertamente entiendo estas opiniones e intento hacerlas justicia. Sé que son generadas por la crisis que la Iglesia atraviesa. Pero, lo que no entiendo es la especulación sobre el sacerdocio como si fuera un trabajo, como cualquier otro. No; es una vocación; lo que significa que algunos son llamados por Dios para ello y otros no. Además, si la Iglesia fuera una obra humana, hubiera muerto. Pero, como es una obra de Dios, sobrevivirá a cualquier crisis.

Aún hay más. Cuando veo en el Evangelio de hoy que Jesús no logró convertir a la gente de su ciudad natal, entonces, digo, todos debemos ser humildes. Debemos reconocer que, a pesar de nuestra buena voluntad para hacer que las cosas funcionen y de todos nuestros esfuerzos por mejorar y adaptar nuestros métodos de evangelización, puede suceder que fallemos en nuestros esfuerzos.

La impotencia de Jesús para convertir a la gente de su ciudad natal es una señal del respeto de Dios por la libertad humana. Por supuesto, Dios quiere nuestra salvación; pero nunca nos forzará a creer en él. Nos deja libres para elegir la vida o la muerte. No son los milagros que cambian a la gente, sino una simple fe, es decir una confianza en Dios y en su palabra. Creo que es tiempo de que integremos en nuestra espiritualidad la realidad del fracaso.

Lo que estoy diciendo no es que debemos ser complacientes con nuestro deber, sino la verdad de que, a pesar de nuestra buena voluntad, puede suceder que fallemos en nuestro deber. Por lo tanto, no debemos desanimarnos, sino que debemos intentarlo una y otra vez, de acuerdo con nuestras habilidades y capacidades, contando con la gracia de Dios. Tenemos que comenzar de nuevo, incluso si el resultado no es evidente. Este es lo que San Pablo ha hecho en su ministerio como testigua aquí lo que el Señor le dijo: "Te basta mi gracia, mi mayora fuerza se manifiesta en la debilidad" (2 Corintios 12, 9). Oremos, hermanos y hermanas, para que Dios nos ayude a contar con él en todo lo que hacemos. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 2: 2-5; 2 Corintios 12: 7- 10; Marcos 6: 1-6

Fecha de la Homilía: Julio 08, 2018

© 2018 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Contacto: www.mbala.org

Nombre del Documento: 20180708homily.pdf